

va siendo ya barrio de moda, habitado por muchos ingenios excelentes. Es lo que suele ocurrir en los ensanches de las grandes urbes. Buena parte de mi vida la pasé en esa atalaya de la actualidad, y en ella sigo, contemplando la proce- sión de los trabajos y los días con curiosidad, con interés y aun con emoción, no siempre placentera, según la naturaleza de lo que pasa por delante».

Retenga el lector la bella definición de Gómez de Ba- quero al referirse al periodismo: «barrio de moda, habitado por muchos ingenios excelentes»; esa frase, dicha en España, y dicha por quien de modo tan fundamental es periodista, equivale a todo un tratado expositivo de lo que en la ideolo- gía de la España contemporánea significa el periodismo. ¡Qué conjunto admirable y perfecto obtendríamos si a la concep- ción intelectual, artística, pedagógica, del diario español pudié- ramos unir el «formato», la ciencia de la noticia, la variedad, la universalidad del periódico hispano-americano, de algunos de nuestros periódicos! Allí un periódico se hace célebre por la extensión o la rapidez de sus noticias. Acá un diario se engrandece por la calidad de las firmas que aparecen en sus columnas.

Y lo uno puede ser tan útil como lo otro. Pero lo ideal sería aunar ambas cosas.

El caso de Gómez de Baquero no es en absoluto un caso esporádico. No hay uno solo de los grandes escritores de España que no sea al mismo tiempo periodista. Es decir, que el periodismo viene a ser algo así como la antesala del libro, el palenque abierto a todas las inteligencias ilustres, la esgrima que prepara y vigoriza a los fuertes, a los que más tarde han de vencer en los otros terrenos del saber y del Arte. Con esto gana la cultura general, porque no es lo mismo para el hombre del pueblo comprar un volumen que cuesta cuatro o cinco pesetas, que un diario de diez céntimos donde un autor con reputación ya hecha, comenta el último acontecimiento político o expone la última teoría filosófica o esté- tica. Ganan también los escritores, que de ese modo poseen mayores garantías contra la miseria, y pueden más fácilmente establecer el contacto, la relación cotidiana con el mundo anónimo de lectores del cual reciben la inspiración, la vibra- ción cálida y directa indispensable para dar un sentido humano y real a toda obra de pensamiento. Y así, por añadidura, se intensifica la crítica, que es bienhechora cuando no es perso- nal, adquiere relieve el ensayo, que es el arte amable de sugerir y de enseñar sin arrugar el entrecejo, y se le da el prestigio que merece a la crónica, que es la emoción de los días encerrada en el marco de una prosa discreta.

Todo eso ha logrado el periodismo en España en los últi- mos tiempos, y he ahí por qué, como ha dicho el Sr. Menén- dez Pidal al saludar al periodista *Andrenio*, «la Academia descienda a menudo de su histórica acrópolis para ir a esas calles nuevas en busca de sus candidatos».

J. DE LA LUZ LEÓN

La Coruña, España.

(Envío del Autor).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Tagore en la América del Sur

(La Antorcha, México, D. F.)

UNO de los casos más sorprendentes que me ha tocado ob- servar de cerca ha sido la visita de Tagore a la América del Sur. «La gente» no se lo explica. Pero es perfectamente explicable: se trata de un hombre que procede de acuerdo con lo que piensa y a quien no le importa la opinión del vulgo.

Tagore fué invitado a las fiestas del Centenario de Aya- cucho y, a pesar de sus muchos años, no quiso perder la oportunidad de visitar la América española. Emprendió el viaje desde la India, y, como es natural, llegó a Buenos Aires fatigado y enfermo. Sabía, además, que aquí como en todo el mundo occidental existe la vanidad organizada, dispuesta a aprovechar las visitas de personajes célebres para engalanarse con cintas rojas y cascabeles sonoros. A Buenos Aires llegan cada año tres o cuatro docenas de celebridades internacionales, a quienes se festeja según el número y los recursos de los individuos interesados en aparecer junto a ellas. Para el prin- cipe heredero de Italia se hizo en la Avenida de Mayo una de esas iluminaciones «feéricas»—realmente maravillosas de luz y de color—que duran varios días y cuestan cientos de miles. Para el poeta de la India se organizó una «Comisión de Agasajos» que no iba a gastar pero sí a sonar mucho: gran número de sus miembros son figuras salientes en la prensa. La Comisión celebraba reuniones en que se pronun- ciaban largos discursos... Escuelas y asociaciones pensaban en fiestas de programas interminables. Las Universidades pedían conferencias. Las damas porteñas que tienen salones literarios preparaban reuniones, hacían listas de invitados...

La enfermedad de Tagore hizo suspender los planes. Pocas personas fueron recibidas por él. Después, la enfermedad, la fatiga se prolongaban más de lo *convenable*. La *temporada*, mundana e intelectual, iba tocando a su fin. ¡Cuántos proyec- tos se malograban! Comenzó la murmuración de los despecha- dos. *Crítica*, diario vespertino de circulación enorme, se hizo eco del despecho: del ajeno y del propio, porque Tagore aceptó colaborar en la *Nación*. Cuando se supo que el poeta se había retirado de la ciudad (para colmo de provocación, a una quinta de la bella autora de *De Francesca a Beatrice*: superior a sus rivales, Victoria Ocampo acertó a ofrecerle, en vez de reuniones, un delicioso retiro campestre frente al río), la indignación no tuvo límites...

Tagore no se dignaba oír. Ni siquiera rectificar las entre- vistas falsas de los periódicos, aunque se le atribuyeran des- propósitos. Meditaba. Paseaba entre los árboles mirando el río leonado. Escribía. No accedió a dar conferencias públicas, no aceptó ninguna «oferta tentadora», pero dijo a todos sus amigos que daría pláticas a grupos pequeños, de diez, de veinte personas, en las mañanas. Y muchas mañanas el ca- mino de *Miralrío* se llenaba de automóviles. A veces las diez personas se convertían en ochenta. Y no se cerraba la puerta ni a los vanidosos. Pero las mejores pláticas eran para aque- llos cuyas orientaciones ya conocía, como el grupo de la re- vista *Valoraciones*. Desde lejos, le llegaban las voces cálidas de la juventud, siempre capaz de nobleza: así las delicadas páginas de Jorge Luis Borges (uno de los talentos seguros de la nueva generación en los países hispánicos), en *Proa*, y de Ernesto Palacio (Héctor Castillo), en *Martín Fierro*.

Tagore quiso conocer la Argentina autóctona, real, de las gentes humildes. Pero no pudo: cuando pidió que lo llevaran a conocer el campo argentino con todas sus actividades, se le invitó a pasar unos días en la *estancia* de un millonario, donde todo era inglés: el castillo, la vajilla, los caballos, las vacas,